2021

Celos de un alma noble.

CELOS DE UN ALMA NOBLE.

DRAMA DE COSTUMBRES

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

escrito sobre un drama francés

POR

D. Juan de la Rosa Gonzalez.

Representado en el Teatro de Variedades el 8 de Enero de 1853.

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de censura de los teatros del Reino en 2 de Diciembre de 1852.

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Enero de 1853.

PERSONAS.		ACTORES.
LUISA.	Sras.	*Lamadrid (D.ª T.).*
CECILIA.		*Buzon.*
AGUSTINA.		*García.*
MARÍA, *niña de ocho años.*		*Hijosa.*
ENRIQUE.	Sres.	*Arjona (D. J.).*
DON JUAN.		*Calvo.*
GENERAL.		*García.*
CARLOS.		*Osorio.*
AYUDANTE.		*Fabiani.*
UN CAZADOR.		*Serrano.*
CRIADO.		*Bullon.*
JULIAN.		*Nombela.*

Este drama pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de sus editores los *Sres. Delgado Hermanos*, quienes perseguirán ante la ley para que se le apliquen las penas que marca la misma al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decretos Orgánico y Reglamentario de teatros de 7 de Febrero de 1849.

Acto primero.

El teatro representa el patio de una quinta en medio de un parque. A la izquierda se ve el cuerpo principal del edificio con su puerta de entrada. A la derecha, un pabellon, á cuya puerta conduce una pequeña escalera. Al fondo una reja con su puerta de entrada en medio, y detrás de ella los árboles del parque. Un velador rústico en medio de la escena.

ESCENA PRIMERA.

AGUSTINA. CARLOS, *acabando de arreglar la mesa para el desayuno.*

Carlos. Ya está todo preparado
para el almuerzo.
Agustina. Has traido
los periódicos?
Carlos. (*Dándoselos.*) Si tal.
Toma, estos son los políticos.
Agustina. Para don Juan.
Carlos. Se comprende;
un hombre como él, que ha sido
diputado el año doce,
y despues de esto, se ha visto
desterrado, debe ansiar...
Agustina. Dime; y los del señorito?
Carlos. Aqui estan tambien: yo creo
que un periódico es lo mismo
que el retrato del sugeto
que le recibe. Los titulos

674720

lo estan diciendo. «Revista
de teatros... el Olimpo...»
Esto tambien se comprende;
un poeta... autor...

Agustina. Y digo,
qué autor... qué comedias hace
tan buenas! le han aplaudido
siempre!... nuestra señorita
es feliz.

Carlos. Lo que yo admiro
es una cosa. Me asombra
que vivan en paz.

Agustina. Qué has dicho?

Carlos. Yo creo que un buen poeta,
es siempre muy mal marido.

Agustina. Qué error! Don Enrique ha estado
casi desde que era un niño
con la que hoy dia es su esposa.
Si tú los hubieras visto
el dia en que la señora
(que en paz descanse) los hizo
felices!

Carlos. Cuánto tiempo hace
que se murió?

Agustina. Se han cumplido
seis años; pero su muerte
ha dejado tal vacío,
que todos los de la casa
la recuerdan de continuo.

Carlos. Don Juan no estaba en España
cuando nuestros señoritos
se casaron?

Agustina. No; don Juan
se hallaba entonces proscripto.

Carlos. Qué presencia tan severa
tiene, qué aspecto tan frio!

Agustina. A pesar de eso, idolatra
á su hija.

Carlos. (*Al fondo.*) Se siente ruido:
ellos vienen.

Agustina. Pues disponte,
Carlos, al punto á servirlos.

ESCENA II.

DICHOS. LUISA. ENRIQUE. DON JUAN.

(*Durante la primera parte de esta escena, Carlos servirá el desayuno.*)

Luisa. Agustina, escucha. En tanto
que almorzamos, vé á buscar
á mi hija. (*Vase Agustina.*)
Enrique. (*Dejando unos papeles que traerá en la mano.*)
Y en qué quedamos?
Se rechaza ó no mi plan?
D. Juan. Se rechaza. Yo no admito
un carácter tan trivial
como el de Eduardo.
Enrique. (*A Luisa.*) Y tú?
Luisa. Cómo me he de interesar
por un hombre que no sigue
una marcha fija? Estás
vencido. (*Toman asiento.*)
Enrique. No estoy vencido:
retrocedo, y nada mas,
delante de tí: á tu padre
me voy en cambio á quejar...
Luisa. Padre, prepárese usted.
D. Juan. Es un lidiador tenaz!
Enrique. Sí, Luisa, voy á quejarme,
aunque debo confesar
que no me inspira gran fé
su gusto.
D. Juan. Gracias.
Enrique. Hablar
pretendo de aquella escena
que estoy escribiendo...
Luisa. Cuál?
Enrique. Hay una conspiracion,
y dos hermanos estan
á su cabeza: al mayor
de ellos, le van á avisar
que el mas jóven le está haciendo
traicion por una beldad.

D. Juan. Adelante.
Enrique. Va á buscarle;
no le encuentra, pero hallar
consigue todas las pruebas
de su traicion. Cuando está
con ellas, llega el culpable.
En tan terrible ansiedad,
qué debe decirle?
D. Juan. Nada:
debe matarle.
Enrique. Es cortar
la accion: eso será bueno,
si acaso, para el final.
Pero al principio, qué debe
decirle?
D. Juan. Matarle.
Enrique. Bah!
Eso es atroz, debe haber
dudas.
D. Juan. Y por qué dudar?
Enrique. Es su hermano!
D. Juan. Y bien: y qué!
Enrique. Matarle sin mas ni mas
es feroz.
D. Juan. Su muerte es justa?
Entonces, á qué temblar?
Enrique. Es su hermano!
D. Juan. Es un traidor,
y un traidor está demas
siempre.
Enrique. Luisa, y tú qué dices?
Sepamos.
Luisa. A la verdad,
es muy grave para mí
una cuestion de puñal;
pero es muerte de teatro
que á nadie puede dañar,
y opino como mi padre.
Enrique. Bravo, hija de Esparta!
D. Juan. Estás
consecuente en admitir
un carácter que no es mas

que una imitacion del tuyo.

Enrique. Esa es personalidad
que yo rechazo. Los hombres
como usted, señor don Juan,
en los que solo domina
la fuerza de voluntad,
son escepciones. Los hombres
que fluctúan sin cesar
entre sus contradictorias
pasiones, son la verdad,
porque forman ese tipo
tan comun... tan general.

D. Juan. Tipo sin vigor... sin fuerza.

Enrique. Sin fuerza! Un hombre ideal,
que es todo fuego... entusiasmo!...

D. Juan. Por eso mismo. Tendrá
virtudes, que serán hijas
de su gran debilidad:
si, porque son el efecto
del arrebato. Quizás
tu Eduardo y tú teneis
una condicion igual.
Sois como esos fuegos fátuos
que solo logran brillar
un momento, y se consumen.

Enrique. Será asi; pero á pesar
de todo, creo que abrigo
aquí una gran cualidad.
(*Señalando el corazon.*)

D. Juan. Pero te falta una cosa,
que es la que logra ligar
las cualidades del hombre.
La fuerza de voluntad.

Enrique. En cambio, usted la posee
con un esceso fatal.

Luisa. Enrique!

D. Juan. No le detengas.
El decirse la verdad
dos hombres, no es un delito.
Acaso Enrique tendrá
razon, yo seré inflexible;
pero esto me ha hecho triunfar

en un tiempo en que cada acto
era un sacrificio; y tal
como soy, me hubiera muerto
de fatiga y de pesar,
si mi conciencia y tu madre...
Pero no hablemos ya mas
de esto...

Enrique. Al contrario; debemos
recordarla sin cesar:
ella tambien fué mi madre:
me dió la felicidad
dándome á su Luisa.

D. Juan. Y sabes
lo que te dió en Luisa?

Enrique. Ah!
La imágen de usté y la suya:
Luisa ha logrado heredar
de su padre la energia,
de su madre la bondad.

D. Juan. Es contraer una deuda
grande... inmensa, el aceptar
semejante corazon...
no te se olvide jamás.

ESCENA III.

LUISA. ENRIQUE.

Luisa. Enrique, te has ofendido
porque mi padre te habló
con dureza: es cierto?

Enrique. No.

Luisa. Ah! sí... te lo he conocido.
Si es verdad que es algo dura,
es muy leal su franqueza:
yo en cambio de su rudeza
te consagro mi ternura.
No es bastante para ti
esta atencion cariñosa
de tu idolatrada esposa?
Respóndeme, Enrique.

Enrique. Sí.

Luisa. Tal vez su amor acendrado
hácia mí, la causa fué
de su rigor.
Enrique. Mas por qué
con tal rigor me ha tratado?
Por qué motivo ó razon
con su cariño se ampara,
y la deuda me echa en cara
de aceptar tu corazon?
Eso es hablar sin cautela:
tiene ganas de ofenderme,
porque quiere mantenerme
en una servil tutela.
Luisa. Su cariño le estravía...
Enrique. Si, Luisa: por lo demas,
ya sé que tú vales mas
que yo.
Luisa. Deja esa manía.
Enrique. Si tus altas cualidades
á mi el cielo me negó,
tengo yo la culpa?
Luisa. No
prosigas, y no te enfades.
Te habló así, porque quizá
se habrá figurado ver
algo que le dé á entender...
Enrique. (*Ap.*) Cielos! si sospechará...
Luisa. Me choca mucho, por Dios,
la cuestion que habeis tenido!
Dime, Enrique, ha sucedido
algo entre vosotros dos?
Enrique. Nada...
Luisa. No me engañes.
Enrique. Nada:
esa cuestion del momento
carece de fundamento,
y por mí, ya está olvidada.
Yo soy vivo... él imperioso,
y á tí, Luisa, como es justo,
te duele el menor disgusto
entre tu padre y tu esposo.
Luisa. Ah! los dos sois para mí

objetos de un tierno amor,
y me llenais de dolor
cuando disputais asi.
Luego la inquietud que advierto
en tí, de temor me llena:
tú tienes alguna pena
y me la ocultas.

Enrique. No es cierto.
Yo penas, Luisa; y por qué?
Gracias á Dios, estoy bueno,
y satisfecho, y seréno:
ya lo estás viendo.

Luisa. No sé:
serán aprensiones mias;
pero notar he creido...

Enrique. (*Ap.*) Cielos!

Luisa. Que andas distraido
hace tres dias.

Enrique. (*Con sobresalto.*) Tres dias!
No... Luisa... no... es aprension:
ya sabes que escribo un drama,
y estoy pensando en la trama.

Luisa. Ya entiendo tu distraccion!
Y yo la tomé á desaire!
Las mugeres, cuando amamos,
en un momento forjamos
mil castillos en el aire.
Si vieras tú qué dichosa
me conceptúo á tu lado!
Llevas muy adelantado
el drama?

Enrique. (*Distraido.*) No, no es gran cosa.

Luisa. Cuántos actos tiene?

Enrique. Tres.

Luisa. Cómo me gustan tus versos!

Enrique. Hay quien los halla perversos.

Luisa. Bah! Los envidiosos.

Enrique. Pues!
Segun tú, tengo un talento
colosal.

Luisa. Pues ya se ve
que le tienes.

Enrique. Déjate
de niñerías.
Luisa. Yo siento
orgullo cuando se estrena
un drama tuyo.
Enrique. (*Ap.*) Hoy no escribe!
Luisa. Y el público le recibe
bien, y te llama á la escena.
Si vieras qué cortesía
le haces tan respetuosa!...
Qué placer siente tu esposa
con tus triunfos!
Enrique. Qué manía!
Luisa. Luego la prensa es preciso
que rinda culto á tu fama,
y que celebre tu drama.
Carlos. (*Entrando, y dirigiéndose á Enrique con una carta.*) Esta carta...
Enrique. (*Cogiéndola con rapidez, y guardándola sin que lo note Luisa. Ap.*) Es el aviso
de Cecilia. (*A Carlos.*) Bien está.
(*Vase Carlos.*)
Luisa. (*Viendo á Carlos que se retira.*)
Qué hay?
Enrique. Nada.
Luisa. Me dejas ya?
Vas á salir.
Enrique. Sí... es preciso.
Luisa. Vuelves pronto?
Enrique. (*Ap.*) Si supiera!
(*Alto.*) Sí, muy pronto.
Luisa. Lo deseo!
Enrique. A Dios, Luisa.
Luisa. A Dios.
D. Juan. (*Apareciendo en la puerta, y viendo salir á Enrique.*) Qué veo!
otra ausencia!... es la tercera.

ESCENA IV.

LUISA. DON JUAN.

Luisa. (*Pensativa.*)
Es estraño! Sin decirme
dónde va!...
D. Juan. (*Observándola.*) Pobre hija mia!
Luisa. (*Viéndole.*)
Padre, venga usted acá:
me tiene usted resentida.
D. Juan. Resentida?
Luisa. Sí.
D. Juan. Por qué?
Luisa. Ha tomado usted manía
con Enrique: la dureza
de ese genio le intimida:
es preciso que usted le hable
con mas dulzura.
D. Juan. Tendria
que violentarme: existe
una oculta antipatía
entre los dos invencible.
Luisa. Invencible!
D. Juan. Pobre Luisa!
Yo por tu felicidad
mil existencias daria...
Luisa. Espliquese usted: acaso
mi felicidad peligra?
D. Juan. No sé; pero yo he notado
en Enrique hace tres dias
una distraccion...
Luisa. Y es eso
todo?...
D. Juan. (*Ap.*) No debo decirla...
Luisa. Me habia usted alarmado.
Esa distraccion es hija
de su genio de poeta:
en literarias fatigas
metido, del mundo real
frecuentemente se olvida.
Pero Enrique es el modelo

de los esposos.

D. Juan. Te inspira,
segun lo que estoy oyendo,
gran confianza!

Luisa. Infinita.
Sabiendo cuánto le adoro,
cómo engañarme osaria?

D. Juan. Oh! que se guarde de hacerlo
mientras yo aliente.

Luisa. Germinan
en él dos hombres distintos;
uno de pasiones vivas
exageradas, el otro,
en el que mi amor domina
con un imperio absoluto,
tan solamente respira
honor, lealtad, virtud...
Si alguna vez se estravia
su cabeza, y los deberes
de padre y de esposo olvida,
tengo un recurso infalible;
porque en su pecho palpita
un corazon, y ese es mio
enteramente.

D. Juan. Confias
demasiado!

Luisa. Le conozco
mucho.

D. Juan. (*Ap.*) Su fé la alucina.

ESCENA V.

DICHOS. MARÍA *conducida por* AGUSTINA, *que se relira apenas la deja en escena.*

María. Muy buenos dias, mamá;
buenos dias, abuelito.

(*Da un beso á cada uno. En este momento se oye el sonido de una trompa de caza.*)

Luisa. Parece que tambien hoy
nuestro General invicto
está de caza.

D. Juan. Ya lleva
tres dias por estos sitios.
Le conoces tú?

Luisa. Yo no:
como no es nuestro vecino
mas que en ciertas temporadas...
solo sé que en su delirio
por los ciervos, corre campos,
cruza sierras, salta riscos,
sin que le imponga respeto
la propiedad.

D. Juan. Y te han dicho
si está solo?

Luisa. Le acompaña
por lo comun su sobrino,
que es el conde de Bazan,
coronel bravo.

D. Juan. Has sabido
si el coronel es casado?

Luisa. Consecuente á sus principios,
se casó con una bella
italiana, sin mas títulos
que una voz mágica. El conde
fué á Madrid, y seducido
por la que era la delicia
con su voz del mundo artístico,
se casó con ella.

D. Juan. Y cuánto
tiempo hace que se han unido?

Luisa. Tres años, desde cuya época
dejó el teatro.

D. Juan. El marido
se halla ausente?

Luisa. Sí... está en Francia
ó en Inglaterra.

D. Juan. Me has dicho
lo bastante. (*Besando á su nieta.*)
Hasta despues.

Luisa. Mi padre ha estado sombrío...
preocupado... y... no acierto
á comprender el motivo.
(*Se pasa la mano por la frente.*)

ESCENA VI.

LUISA. MARÍA.

Luisa. Has traido el Atlas?
María. (*Desdoblándole.*) Sí, mira.
Luisa. Pues vamos; prepárate.
María. Vas á darme la leccion?
Luisa. (*Besándola.*)
Sí, hija mia.
María. Enséñame
el pais donde ha nacido
mi papá.
Luisa. (*Señalando en el mapa.*) Aquí... mírale.
María. Y es aquí donde él estuvo
hace cuatro años?
Luisa. Aquí es.
María. Y estas rayas delgaditas
son el agua?
Luisa. Sí, mi bien;
todas esas rayas forman
el mar.
María. Y para volver
aquí mi papá, ha tenido
que pasar el mar?
Luisa. Sí á fé.
Veamos si ahora me aciertas
tú sola el nombre á leer
de este pais.
María. (*Como deletreando.*) Puerto... to... ri... co...
Dice Puerto-Rico, eh?
Luisa. Sí.
María. No ves qué aplicacion
voy teniendo? Y qué iba á hacer
en Puerto-Rico papá?
Luisa. Iba á derramar el bien
entre una raza infeliz
de hombres negros.
María. Y por qué
son negros, mamá?
Luisa. Hija mia...
Qué inocente!... déjate

de esas preguntas, y mira
esto. (*Sacando una cartera.*)

María. Una cartera! á ver!...

(*Se oye mas cerca el sonido de la trompa de caza.*)

ESCENA VII.

DICHAS. CARLOS. JULIAN. *Otros dos criados.*

Carlos. Señora... señora... (*Apresuradamente.*)

Luisa. Qué hay?

Carlos. Que el señor General llega
hasta aquí con su jauria.

Luisa. Imposible.

Carlos. Ya estan cerca
de la encina que hace coto...

Luisa. El General es el déspota
de la comarca.

Carlos. (*Al fondo.*) Señora,
en este instante penetran
en el parque.

Luisa. Qué osadía!
(*A los criados.*)
Corred por las escopetas.

María. Mamá, van á tirar tiros?

Luisa. (*A Carlos.*)
Tú, Carlos, de centinela
ponte, y si entran en el parque,
coge los perros que puedas. (*Vase Carlos.*)
Por el interés de todos,
es necesario que aprenda
á tener algun respeto
á la propiedad agena.
Tú, hija mia, siéntate
á mi lado, y nada temas.

María. Bien, mamá.

(*Luisa toma la labor, y se pone á bordar. Julian y otro criado se colocan con las escopetas en el fondo y á la vista del público.*)

Julian. Aquí se dirigen
dos cazadores.

Luisa. Que vengan!

ESCENA VIII.

DICHOS. UN AYUDANTE DE CAMPO. UN CAZADOR.

Luisa. (*En el momento que se presentan en el fondo, dice á sus criados con resolucion:*)
Y cuidado con que abrais
paso á esos dos caballeros!
Ayudante. Cómo! Señora...
Luisa. Ya he dicho
que ustedes no pasan.
Ayudante. Pero...
si no hay mas camino que este
para perseguir el viento
de la caza.
Luisa. (*Bordando.*) Ya lo sé.
Ayudante. Nos pone usté en el estremo
que el ciervo se nos escape.
Luisa. Mejor: me interesa el ciervo.
Ayudante. (*Al Cazador.*)
Ea! adelante... adelante...
dejémonos de rodeos.
Luisa. Estoy segura que ustedes
no pasarán, por respetos
á mí, y á esas escopetas.
(*Indicando sus criados.*)
Cazador. (*Al Ayudante.*)
Juzgo que á estos argumentos
no debemos resistirnos,
camarada!
Ayudante. Y dejaremos
que la caza...
Cazador. La prudencia
lo ordena.
Ayudante. Voto al infierno!
(*A Luisa.*)
Nos retiramos, señora.
Luisa. Ya estaba segura de ello.
Ayudante. (*Ap.*) Qué muger tan singular!
Luisa. (*A los criados.*)
Dejad las armas de fuego.
(*Los criados se retiran.*)

Carlos. (*Al fondo.*)
Señorita, hemos cogido
los cuatro mejores perros
de la jauria.
Luisa. Está bien.
Enciérralos allá adentro.
Carlos. Ahí fuera está un picador...
Luisa. Y qué quiere?
Carlos. Los podencos,
y dice que el General
está asombrado...
Luisa. Al momento
despide á ese picador,
y dile que no hay mas medio,
si su escelencia desea
recobrar sus prisioneros,
que celebrar un contrato. (*Vase el criado.*)
Yo le haré enmendar sus yerros,
y hallarán con su rescate
muchas familias consuelo.

ESCENA IX.

LUISA. MARÍA.

María. Enséñame esa cartera
otra vez.
Luisa. Luego, hija mia.
María. Anda, mamá, te suplico
que me la enseñes.
Luisa. Bien, mírala,
y sea como un recuerdo
en tu oracion.
María. Es muy linda.
Qué tiene dentro?
Luisa. Una carta
que te escribió tu abuelita
cuando cayó enferma.
María. A mí?
Luisa. (*Sacando la carta.*)
Ves? A mi nieta María.
María. Ay! dámela.

Luisa. No.
María. Por qué?
Luisa. Es para tí, y es precisa
condicion que tú la leas.
Esta será la mas digna
recompensa que hallarás
por tu aplicacion: un dia,
cuando estés un poco mas
adelantada, solitas
las dos, iremos á orar
junto á la tumba querida
de nuestra madre, y allí
me la leerás.
María. Descuida;
te juro que será pronto,
muy pronto: apenas distingan
mis ojos un manuscrito,
le cogeré, y...
Carlos. (*Al fondo.*) Señorita,
un caballero...
Luisa. Que pase.
(*El General aparece en el fondo.*)
General. Señora! (*Saludando.*)
Luisa. (*Besándola.*) Vete, hija mia. (*Vase María.*)

ESCENA X.

LUISA. EL GENERAL, *bajo el nombre del mariscal Cerro.*

Luisa. Caballero.
General. (*Ap.*) La hablaré
yo mismo, y será mejor.
(*Adelantándose.*)
Señora, tengo el honor
de presentarme ante usté.
En esta guerra leal,
vengo, porque es necesario,
como plenipotenciario
de mi amigo el General.
Luisa. Qué solicita el señor
plenipotenciario?
General. Hacer
un tratado, y merecer
:

de su enemiga el favor.

Luisa. Con tanta galantería,
quién vencida no se siente?
Hénos aquí, frente á frente.
Hablemos.

General. Señora mia,
nuestra conducta es culpable?
deberiamos dejar
este parque destrozar
á un ciervo tan formidable?
A un animal tan protervo,
tan dañino en sus ardores?

Luisa. Ya dije á los cazadores
que me interesaba el ciervo.

General. Siendo usted su protectora,
yo le envidio su destino;
pero un ciervo es muy dañino
dentro de un parque, señora.

Luisa. Y á mí, que me agrada ver
su gallardia y su andar...
no lo puedo remediar,
es capricho de muger.
En cambio, odio á los alanos
que le persiguen sangrientos,
cuando émulo de los vientos
salta riscos, cruza llanos.
Tal vez diga un disparate;
como no soy cazadora,
los perros...

General. (*Con galantería.*) Vamos, señora,
á tratar de su rescate.

Luisa. Pues usted me hará el favor,
como plenipotenciario,
de esplicarse.

General. Es necesario
un tratado.

Luisa. Y quién mejor
que usté?...

General. El General desea.

Luisa. Que le dicte yo quizá?
Soy exigente.

General. Él verá

las condiciones, y...

Luisa. Sea.
Entre este hogar que gobierno,
y el pueblo que está vecino,
hay un pequeño camino
impracticable en invierno.
Suceden en él horrores!
y en la estacion de los barros,
no pueden pasar los carros
de los tristes labradores.

General. Y bien?...

Luisa. Será un mal eterno,
si una determinacion...

General. Haga usté una esposicion,
y le compondrá el gobierno.

Luisa. Y á qué ir con ese estribillo
de esposicion!...

General. Qué remedio!

Luisa. Yo juzgo que hay otro medio
mas fácil y mas sencillo.

General. Y cuál es?

Luisa. Que su escelencia
se encargue de ello.

General. Eso es llano;
pero...

Luisa. Y el pobre aldeano
bendecirá su existencia.
Pues sin afanes prolijos
podrá, libre de embarazos,
volver mas pronto á los brazos
de su muger y sus hijos.
Que con sencillez leal,
libres de influjo siniestro,
dirán: «vaya un Padre-nuestro
porque viva el General.»

General. Se ocupa usted demasiado
de su gloria.

Luisa. Él la atropella,
y yo en cambio pienso en ella.

General. (*Ap.*) Buen aviso. (*Alto.*) Está aprobado
lo del camino.

Luisa. Yo espero

que lo demas...

General. Es fecundo
el tratado! Hay un segundo
artículo?

Luisa. Y un tercero.
Para que el General sea
bendecido de mil modos,
dará una limosna á todos
los mas pobres de la aldea.

General. Esa caridad ardiente
para el prójimo, es divina;
pero al General le arruina.

Luisa. Es decir que no consiente,
siendo tan rico?

General. Señora,
el General pensaria
que usted solo pretendia
burlarse de él.

Luisa. En buen hora!
Yo respeto su grandeza
y la cuna en que ha nacido;
pero aquí se ha conducido
con poca delicadeza.

General. Señora!

Luisa. Y sin dignidad:
porque entró en mis posesiones,
sin consultar mas razones
que su propia voluntad.
Estas exigencias mias
de la razon no se salen,
y á los gastos equivalen
de una de sus cacerías.
Y aunque el despotismo ejerza
yo sobre él, no es bochornoso:
si le hago ser generoso
por casualidad... por fuerza,
de honra gana muchos grados
quien en trance tan acervo,
perdona la vida á un ciervo
y ampara á cien desgraciados.

General. Está bien... yo no me aparto;
pero es irse por los cerros...

Luisa. Si él no lo hace, pobres perros,
no doy por su vida un cuarto!
General. (*Ap.*) Está muger me aniquila.
(*Alto.*) Los perros son inocentes.
Luisa. Contra el derecho de gentes
los fusilo!
General. Los fusila!
Acepto, acepto el tratado
bajo cualquier condicion.
(*Ap.*) Me luzco si esta leccion
me la cuenta un delegado.
(*Sacando su cartera, y escribiendo.*)
Hay que poner todavía
un artículo tercero?
Luisa. Le suprimo, caballero.
General. (*Presentándola el papel en que habrá escrito.*) Entonces, señora mia,
creo que no falta nada:
ni aun la firma.
Luisa. (*Leyéndola.*) El General!
Yo le suplico...
General. No tal:
el temple de usted me agrada,
y sus puras intenciones
me llenan de admiracion:
tiene usted el corazon
lleno de buenas pasiones.
Luisa. Con todo, he sido algo loca;
lo que he dicho...
General. No me ultraja,
y he tenido la ventaja
de escucharlo de su boca.

ESCENA XI.

DICHOS. ENRIQUE. DON JUAN.

Enrique. Luisa... Luisa... dónde estás?
Ah! déjame que te mire.
Luisa! mi bella guerrera!
Qué rasgo tan noble!
Luisa. Enrique!
Enrique. El corazon me palpita

gozoso, y me es imposible
callar: estoy satisfecho
de ser tu esposo.

Luisa. Reprime
tu entusiasmo: el General...

Enrique. El se dignará decirme...
Y bien, General, no es cierto
que su rasgo tiene un tinte
caballeresco?

D. Juan. Hija mia,
lo que has hecho no es sublime,
pero es bueno.

Luisa. General,
mi buen padre.

D. Juan. (*Saludando.*) Juan Ramirez.

General. Nombre que no ha sido siempre
amigo de nuestra estirpe;
pero que es un nombre honrado
y respetable.

ESCENA XII.

DICHOS. CECILIA *en trage de amazona.* CAZADORES.

Cecilia. (*Al fondo á los Cazadores.*) Seguidme.
(*Se adelantan.*)
Amado tio!

General. Qué es eso?
Sobrina, qué ha sucedido?

Cecilia. Hénos aqui: hemos venido
de impaciencia en un esceso.
Sentí temores sinceros...
porque á juzgar por la muestra,
esta señora es muy diestra (*A Luisa.*)
en retener prisioneros.
Como ya se prolongaba
la entrevista demasiado,
todos nos hemos pensado
que tambien usted lo estaba;
y en tal conflicto al juzgarle,
desechando mis temores,
seguida de estos señores
vine para rescatarle.

Mas ya se calmó mi afan.

General. Siempre alegre, y siempre fina.
Presento á usté á mi sobrina (*A Luisa.*)
la condesa de Bazan.

(*Al ver el saludo de confianza que Enrique la dirige.*)
Pero te veo gozoso
en un pais conocido.

Cecilia. Ese caballero... (*Por Enrique.*)

Enrique. He sido,
General, tan venturoso,
que la admiré entusiasmado
y la aplaudí en un concierto
que dió hace un mes.

Cecilia. (*Con gracia.*) Es muy cierto.

D. Juan. (*Ap.*) Y nunca nos lo ha contado.

Enrique. Ademas, la conocia
y con su trato me honraba,
cuando Madrid admiraba
de su voz la melodía.

Luisa. Es una dicha que á todos
no haber gozado nos pesa;
si, porque usted es, condesa,
notable de varios modos.

Cecilia. Ah! con esas espresiones
despierta usté en mi memoria
noches de triunfo... de gloria...
de vértigo... y de ilusiones.

General. Esa idea la enagena!

Cecilia. Déjeme usted recordarlo:
siento orgullo al confesarlo;
si... yo he cantado en la escena.

General. Sobrina.

Cecilia. Confiese usté
que uniéndome á su sobrino,
descendí de ese divino
paraiso á que me alcé!
Yo era heroina... princesa...
Dido... Semiramis... oh!
hé aquí lo que era yo
antes de hacerme condesa.

General. Sobrina!

Cecilia. (*A Luisa.*) Mi insensatez

dispénseme usted, señora,
porque yo me encuentro ahora
de un triunfo en la embriaguez.

Luisa. Hable usted.

Cecilia. Locuras mias:
arrostrando el aire... el frio...
sigo en la caza á mi tio
hace tres dias.

D. Juan. (*Ap.*) Tres dias!

Cecilia. Pero hoy por la vez primera
á caballo le he seguido:
el movimiento... el sonido
de las trompas... la carrera
rápida y desordenada
del ciervo saltando cerros,
el ladrido de los perros
que le siguen en manada...
todo esto me producia
un placer vertiginoso:
de repente un ancho foso
vi, que á mis plantas se abria;
y con audacia altanera
piqué á mi caballo Azarque,
y el ancho foso del parque
logré saltar la primera.

General. Azaña en ti milagrosa
que me sorprendió, sí tal:
porque en tu estado normal
te asustas de cualquier cosa.

Cecilia. Sí, pero entonces tenia
para cubrir mi persona
este trage de amazona:
de pronto mi fantasia
le transformó en armadura;
creí cantar el *Tancredo*,
y cuando le canto, el miedo
se me convierte en bravura.

General. Vamos, hay que perdonarla
esa loca exaltacion,
porque tiene un corazon
de ángel, y es preciso amarle.

Cecilia. Oh! Segun usted me pinta...

General. Ayúdame á suplicar
á esta señora, que á honrar
venga un dia nuestra quinta.
Luisa. No salgo nunca.
General. Lo pido
como un especial favor,
y espero que el vencedor
hará esta gracia al vencido.
Luisa. Yo soy esposa y soy madre:
Enrique lo aceptará.
General. Vana escusa: usted irá
con su niña y con su padre;
(*Dirigiéndose á don Juan.*)
en cuya bondad confio,
aunque tengo la desgracia
de ser de la aristocracia,
que irá.
D. Juan. Sí, iré.
Cecilia. (*Indicando la salida.*) Entonces, tio...
General. Falta á las súplicas mias,
tan solo citar la fecha.
Hoy cinco... el veinte.
Luisa. Es cosa hecha.
General. Hasta de hoy en quince dias. (*Saludando.*)
Luisa. Un instante, caballeros:
falta una formalidad.
Carlos. (*Se presenta en el fondo.*)
Pon en libertad
á los cuatro prisioneros.
El tratado los abona,
y libres serán de hoy mas.
Enrique. Cecilia! Qué hermosa estás (*A Cecilia.*)
con el trage de amazona.
(*Se oyen sonar las trompas de caza.*)
General. Bravo! Seguidme, señores:
sús, y á la Sierra.
Cazadores. A la Sierra.
General. Y guerra á los ciervos.
Cazadores. Guerra.
General. En marcha los Cazadores.
(*Van saliendo, tocan las trompas, y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Sala lujosamente amueblada en la quinta del General.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, *entrando con un latiguillo en la mano.*
UN CRIADO.

Enrique. Voy á verla al fin... á verla
en su casa... la emocion
que siento es tan poderosa,
que me sofoca la voz.
(*Al Criado.*)
El General Monte-Llano
está en casa?

Criado. No, señor:
está en el parque; si acaso
quiere usted que vaya...

Enrique. No.
Y... la señora condesa
está visible?

Criado. Ahora voy
á informarme, caballero;
mas tengo la persuasion
de que tambien bajó al parque.
(*Vase el Criado.*)

Enrique. Fatalidad! Cuando yo
con la esperanza de verla
me adelanto, en mi dolor
la hallo ausente... esta impaciencia

me enloquece la razon.
En medio de las personas
que en su rango y esplendor
la cercan, me es imposible
hablarla... esta lucha atroz
llena de obstáculos, pone
en mi ardiente corazon,
ó tal vez en mi cabeza,
en vez de ese dulce amor
que hace feliz, un deseo
punzante... desgarrador.
Necesito verla pronto:
mañana... á escribirla voy.
(*Se dirige á una mesa y escribe.*)
Yo la veré... ella vendrá...

Cecilia. (*Presentándose en la puerta de la derecha.*)
Héme aquí.

Enrique. (*Arrojando la pluma.*) Cecilia! Oh Dios!

ESCENA II.

CECILIA. ENRIQUE.

Cecilia. Hay genio mas obediente?
Tu deseo me llamaba...

Enrique. Sí!... porque impaciente estaba.

Cecilia. Tú siempre estás impaciente!

Enrique. Piensa que hace quince dias
ya, que con la mente inquieta,
no ha sentido tu poeta
de tu voz las armonias.
Tú trajiste para mi
de un mundo desconocido,
emociones que he sentido
con ardiente frenesí:
y en tus ojos, vida mia,
puso Dios tintas tan bellas,
que yo feliz bebo en ellas
tesoros de poesía.
Mis versos, jurarlo puedo,
por tu influjo valen mas.

Cecilia. Pues hoy no te inspirarás;

sombría estoy... tengo miedo.
Enrique. Miedo?
Cecilia. Sí... no son antojos:
aquel viejo con la frente
de mármol, continuamente
en mí clavando sus ojos!
Enrique. Don Juan! á través de un tul
le miras muy enlutado!
Bah! eso es que habrás cantado
la romanza del Saül.
Cecilia. No te burles; te lo ruego.
Enrique. Por qué ideas tan sombrías?
Cecilia. Porque hoy hace quince dias
que he perdido mi sosiego.
Enrique. Quince dias!
Cecilia. Sí... no sé
qué tristes presentimientos
me arrebatan los momentos
de una dicha que gocé.
En mal hora con mi tío,
Enrique, á tu quinta fuí!
Enrique. Por qué?
Cecilia. Porque conocí
á tu esposa.
Enrique. Desvarío!
Cecilia. Desde entonces, un tormento
que no te puedo esplicar
me persigue sin cesar...
tal vez el remordimiento!
Enrique. No con fingidos temores
nubles de tu frente el cielo:
no el horror del desconsuelo
mezcles con nuestros amores.
Cecilia. Si supieras qué sombría
es la existencia que paso!
Enrique. Cómo! el General acaso
te muestra su altanería?
Cecilia. No: su conducta es muy fina
para mí: siempre obsequioso,
parece que está orgulloso
de tenerme por sobrina.
Pero aquí nada resuena...

nada aplaude...

Enrique. Tu memoria
echa de menos la gloria
que alcanzastes en la escena!

Cecilia. Si comprendieras, Enrique,
la dolorosa impaciencia
que acibara mi existencia!...
No sé cómo te la esplique.
Esta soledad me aterra:
que mi esposo esté presente,
ó como ahora se halle ausente
en Francia, ó en Inglaterra,
yo sola aquí todo el dia
permanezco, destinada
á vivir siempre encerrada
en esta cárcel sombría.
Por las noches, cuando vuelven
de caza, y en los sillones
se arrojan, y en mis canciones
buscar distraccion resuelven;
como la música encanta,
para arrullar su pereza
una boca que bosteza
me dice, Cecilia, canta.
Empiezo á cantar, y frios
me oyen dos notas ó tres...

Enrique. Despues, te aplauden!

Cecilia. Despues,
se duermen todos.

Enrique. Impios!

Cecilia. Yo, cuya voz extasiaba
á un pueblo, y á mis antojos
le conmovia, y sus ojos
en lágrimas inundaba!
yo, que convertia en siervos
á los mas altos señores,
cantar entre cazadores
que solo sueñan con ciervos!
Oh! soy la mas desgraciada
de las mugeres: metida
aquí siempre... esto no es vida:
esto es la muerte... es la nada...

Ah! contigo puedo hablar;
tú me sabes comprender;
llanto que no hago correr,
aquí le tengo que ahogar.
(*Señalando el corazon.*)
Porque la gloria sentí
con ambicion insensata,
y su privacion me mata.

Enrique. Oh! qué hermosa estás así!

Cecilia. Ni cómo echar en olvido
los tiempos en que canté,
si los triunfos que alcancé
solo á tí los he debido?

Enrique. A mí!

Cecilia. Quién los escribia?
Quién al mundo los contaba,
y con ellos se inspiraba,
y al papel los trasmitia?

Enrique. Que lo hiciera no te asombre
quien con tu voz extasiado
se encontraba.

Cecilia. Tú me has dado
en las artes un renombre.
Y es preciso comprender
cuánto ese triunfo alucina,
cuánto la gloria fascina
al alma de una muger,
para juzgar la estension,
en sentimientos fecunda,
de la gratitud profunda
que te guarda el corazon.

Enrique. Cecilia!

Cecilia. Cómo olvidar
lo que te debo! Así es
que cuando te ví hace un mes...
cuando te volví á encontrar...
te acuerdas!

Enrique. Sí... bien me acuerdo.

Cecilia. De tu mirada al halago,
sentí un placer dulce y vago,
y te amé... como á un recuerdo.
Te amé, porque á mi memoria

todos mis triunfos traias...
te amé, porque me volvias
el aire... el alma... la gloria.
Cuanto grande habia soñado
viniste tú á recordarme...
es preciso perdonarme,
Enrique, el haberte amado.

Enrique. Yo tambien, desvanecido
de tu voz al dulce encanto,
te amé, porque con tu canto
me has dado un nuevo sentido.
En tí encontraba la diosa
de mis sueños!

Cecilia. (*Con sobresalto.*) Imprudente!
Silencio... se acerca gente.
(*Al criado que se presenta en el fondo seguido de la familia de Enrique.*)
Qué hay?

Criado. La familia...

Enrique. (*Con profundo disgusto.*) Mi esposa!

ESCENA III.

DICHOS. LUISA. DON JUAN. MARÍA. AGUSTINA. CARLOS.

Cecilia. (*Saliendo al encuentro de Luisa.*)
En este mismo momento
á ver á ustedes saliamos.
(*Indicando á Enrique.*)
Este caballero acaba
de anunciarme... Y el camino
se ha hecho bien?

Luisa. Perfectamente.

Cecilia. Oh! va á agradecer mi tio
muchisimo esta visita.

Luisa. Tambien nosotros venimos
contentos: el General
es tan bueno, que ha querido
escederse: ha hecho plantar
árboles, y ha embellecido
el tránsito.

Cecilia. Eso es en prueba

de su aprecio.

Enrique. (*A Luisa y á don Juan.*) Por lo visto,
se ha venido aprisa!

D. Juan. No:
casi despacio.

Cecilia. Dios mio!
Yo estoy deteniendo á ustedes,
sin reparar que así privo
á mi tio del placer...
Vamos... vamos ahora mismo
al salon.

Luisa. Cuando usted guste.

María. Di, mamá, puedo ir contigo?

Luisa. No: quédate aquí con Carlos
y Agustina.

María. (*Ap.*) Qué fastidio!

(*Luisa y Cecilia salen delante por la puerta de la derecha.*)

D. Juan. (*A Enrique.*)
Enrique! Por qué no vas
á ver tu caballo?

Enrique. El mio?

D. Juan. Sí: debe de estar enfermo:
de espuma está blanquecino.

Enrique. Bah! suda muy facilmente.
(*Se entran.*)

ESCENA IV.

MARÍA. AGUSTINA. CARLOS.

María. Qué hago, nodriza?

Agustina. (*Señalando la mesa donde escribió Enrique.*)
Allí hay libros.

María. Bien.

Agustina. Entretente en mirarlos.
(*María obedece.*)

Carlos. Agustina! has entendido
al hablar de su caballo
lo que dijo el señorito?

Agustina. No.

Carlos. Que suda facilmente!

Ya lo creo! el pobrecillo
ha corrido cuatro leguas
en una hora!

Agustina. Qué ladino
eres!

Carlos. Cuando yo decia
que era para mi un prodigio...
Agustina, estos poetas
suelen ser malos maridos!

Agustina. Por qué razon? no son hombres
como todos?

Carlos. Son distintos!
Luego la imaginacion
hace tener mil caprichos;
y como ellos son de fuego,
y las mugeres del siglo
son de estopa, facilmente
hay incendios... y... no digo...

Agustina. Vamos; y aunque don Enrique
con tal prisa haya venido,
qué prueba?

María. (*Cerrando un libro y tomando otro.*)
No tienen láminas!

Agustina. Vamos... qué prueba?

Carlos. Yo opino,
sin temor de equivocarme,
que eso prueba que ha querido
llegar antes que nosotros.

Agustina. Y de ahí, qué se saca en limpio?

Carlos. Una cosa muy sencilla.

Agustina. Cuál es?

Carlos. Que lo ha conseguido.

Agustina. Te has vuelto muy camastron,
Carlos.

María. Un papel escrito! (*Cogiéndole.*)
No es muy largo; voy á leerle.

Carlos. Crees tú que habrá conocido
algo nuestra señorita?

Agustina. Ella ignora que hay maridos
que engañan.

Carlos. Pues por desgracia
produce España infinitos.

Agustina. Los hombres!
Carlos. No se castiga
nada: di, no has advertido
el gesto conque don Juan
los miraba? que anden listos,
porque si él llega á saberlo,
es capaz de confundirlos.

ESCENA V.

DICHOS. LUISA, *acompañada de una camarera.*

Luisa. (*A la puerta figurando que habla á Cecilia, que no sale.*)
Gracias; no se canse usted:
apenas dé las debidas
órdenes á mis criados,
volveré. Carlos, avisas
al cochero que á las nueve
de la noche, á nuestra quinta.
Hasta entonces estás libre.
Carlos. Gracias... pero...
Luisa. Qué hay?
Carlos. Tenia
que entregar al señorito
esta carta: á su salida
de la quinta tiró un bote
el caballo, y despedida
sin duda de su bolsillo,
cayó al suelo: yo queria
dársela entonces, mas él
echó á escape...
Luisa. Bien, descuida: (*Cogiéndola.*)
yo misma se la daré:
puedes marcharte. Agustina,
(*Entregándola su sombrilla y su sombrero.*)
lleva esto á la habitacion
que indique esta señorita,
y despues vuélvete aqui
en busca de mi Maria
para llevarla á que juegue
un poco con las sobrinas

del señor General: lo oyes?

Agustina. Bien, señora.

(*Sale conducida por la camarera por la izquierda.*)

María. (*Como deletreando en el papel que cogió.*)
Mi... Ce... ci... lia...

Luisa. Pobre ángel! qué aplicacion!
Qué estás leyendo, hija mia?

María. Espera un poco, mamá,
que ya acierto. (*Leyendo.*) Mi Cecilia.

Luisa. Vamos, qué papel es ese
que con tal cuidado miras?

María. Vas á ponerte contenta:
leo manuscrito!

Luisa. Ay, hija!
Ya me lo has dicho tres veces
en menos de siete dias.

María. Pero esta vez es verdad;
y si no, atiende.

Luisa. (*Mirando al papel, y con sorpresa creciente.*)
Qué miran
mis ojos!... letra de Enrique...
si... su letra... hija querida,
dónde has visto este papel?

María. Ay, mamá! por qué me miras
así; me das miedo!

Luisa. (*Queriéndose dominar.*) Veamos...
dónde estaba? (*Ap.*) Qué agonía!

María. (*Señalando*) Allí... sobre aquella mesa
le he encontrado.

Luisa. (*Leyendo.*) Mi Cecilia...
no estás aquí... no me esperas...
no me amas ya... quince dias
sin verte... qué eternidad!

María. Mamá, perdon; yo creia
darte un placer...

Luisa. Con efecto,
tú me has dado una alegría
muy grande... muy grande... oh Dios!
déjame.

(*Ocultando el semblante entre las manos.*)

María. Vírgen Santísima!
mi mamá se pone mala:

voy á llevar la noticia
á mi abuelito: él es padre
de toda nuestra familia.
(*Sale corriendo por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

LUISA, *con la carta.*

Cecilia! á quién pertenece
este nombre? á una muger
que me roba su querer?...
Imposible!... Se enloquece
mi razon... Ya estoy turbada
por una ridiculez;
pero... y si fuese tal vez
para una muger amada?
De mi padre los recelos
vienen á herirme en tropel...
duda horrible que la hiel
me presenta de los celos.
Celos!... pasion vergonzosa
que nos arranca la fé!...
Pasion indigna! Y por qué,
por qué he estar yo celosa?
Será una carta de drama,
un capricho de poeta,
y por llamarla Enriqueta,
Cecilia tal vez la llama.
(*Leyendo.*)
Mi Cecilia... eso es... con todo,
esta carta está sentida:
solo á una muger querida
se la escribe de este modo.
Qué idea! gran Dios! aparta
de mí duda tan horrible!...
Ah! veamos si es posible
descubrir por esta carta...
(*Sacándola.*)
La fatalidad me auxilia!
mi afrenta voy á saber...
(*Mirándola.*)
Cielos!... letra de muger...

de mi rival... de Cecilia!
Conque he vivido engañada?
Conque no es una quimera
mi deshonra... (*Lee.*) «Ven... te espera
tu Cecilia...» Desdichada!
Con pura y santa pasion
confié en su lealtad,
y él me clava sin piedad
un hierro en el corazon.

ESCENA VII.

LUISA. DON JUAN. MARÍA. AGUSTINA.

María. (*Desde el dintel de la puerta de la derecha á don Juan, señalando á Luisa.*)
Mira: ves cómo está triste?
Consuélala tú.
Luisa. Mi padre!
(*Agustina aparece en la puerta de la izquierda. María la ve, corre á ella, y desaparecen las dos.*)
D. Juan. (*Con inquietud á Luisa.*)
Di, qué te pasa, hija mia?
Luisa. Nada... nada...
D. Juan. No me engañes:
tu hija María ha venido
sobrecogida á buscarme:
llego, y tiemblas todavía,
y eso no es nada?
Luisa. Usted sabe
que las mugeres solemos
afectarnos, y no es dable
muchas veces esplicar
la causa de esas fatales
crísis nerviosas,
D. Juan. Ay, Luisa!
Tú no me cuentas tus males.
Tú no eres de esas mugeres
que ante pueriles pesares
se humillan: cuando tú lloras,
es porque eres una mártir
del dolor.

Luisa. Si yo no lloro.
D. Juan. Segun eso, mis afanes,
mis cuidados hácia ti,
me engañaban?
Luisa. Sí!
D. Juan. Pobre ángel!
No tienes necesidad
de mi apoyo?
Luisa. No: bastante
me consuela ese cariño
tan santo y tan entrañable.
D. Juan. Ah! tú sufres, hija mia.
En vano es que en tu semblante
afectes calma: yo leo
en tus ojos las señales
de una duda...
Luisa. Padre mio!
D. Juan. Hija!... (*Ap.*) Si se realizasen
mis sospechas, pobre de él
y de esa muger.
Luisa. (*Ap.*) No; nadie
sabrá... mi deber conozco:
entre él y yo, ni aun mi padre.

ESCENA VIII.

DICHOS. ENRIQUE. EL GENERAL. CECILIA.

Enrique. Luisa... padre mio... al punto
unámonos todos tres,
y hagamos que se decida
la bella condesa.
Luisa. (*Procurando serenarse.*) A qué?
Sepamos de qué se trata
antes.
General. Se trata de diez
negros, que á este caballero
se le ha ocurrido traer
de Puerto-Rico, lo mismo
que del clima que hace arder
la sangre, de Africa, mandan
los leones para ver
si aquí se los domestica.

Enrique. General, se burla usted
de mis infelices negros.
General. Un poquito.
Cecilia. Y yo tambien.
Enrique. Mi buena anciana nodriza,
hubiera hollado á su vez
ese orgullo de europeos:
yo la oia sostener
que los blancos eran negros
degenerados.
General. Pardiez!
Eso es sin duda que estaba
loca.
Luisa. (*Pensativa.*) Cecilia!
Enrique. Pues bien,
señor General: sostengo
que no podrá usté escoger
uno solo entre mis negros,
ni uno solo, que despues
de darlos educacion
por cinco años ó por seis,
no sirva para seguir
una carrera.
General. Tendré
gozo.
Enrique. Pero necesito
el apoyo y el sosten
de la condesa.
Cecilia. Imposible!
Luisa. Qué pretendes de ella, pues?
Enrique. Pretendo que rehabilite
un pueblo; que imprima fé
á una raza; que adelante
el progreso.
Cecilia. Oh! mi poder
no es tan grande, caballero.
Enrique. Señora, no obra usted bien
haciéndose esa injusticia.
Cuando se llegue á saber
que la señora condesa
de Bazan, que un tiempo fué
el ídolo de la corte,

da un concierto para hacer
una obra de humanidad,
la muchedumbre en tropel
correrá para escucharla...
para aplaudirla: usted es
cual la jóven de la fábula,
que al hablar dejaba caer
perlas.

General. Querida sobrina,
al fin tendrás que ceder.

Cecilia. Si es preciso que lo diga
todo, lo confesaré.
No me atrevo.

Luisa. (*Saliendo de su meditacion.*)
Qué es lo que oigo!
Ah! señora! Usted temer!
Usted, que ya tantas veces
ciñó á su frente el laurel
del triunfo! (*Cogiéndola las manos.*)
Vamos, condesa,
desdeñará usted tambien
mis súplicas?

General. Vamos, vamos,
esa es mucha timidez:
es necesario cantar,
querida Cecilia.

Luisa. (*Soltando vivamente sus manos, y lanzando un grito.*) Ah!

Cecilia. Qué ha sido eso?

Luisa. (*Violentándose.*) Nada... nada...

D. Juan. (*Ap.*) Oh! la he visto estremecer
al nombre de esa Cecilia.

Enrique. Qué es eso? (*A Luisa.*)

Luisa. (*Con penosa violencia.*) Nada... ya ves...
sentí un desvanecimiento
súbito... pensé caer
en el suelo... y lancé un grito
de dolor... mas... ya estoy bien...
se ha pasado.

Enrique. (*A Cecilia y al General.*) Concluyamos;
el concierto...

Luisa. (*Con vivacidad nerviosa.*) Yo no sé

á qué insistir... la señora
condesa debe tener
razones, puesto que así
rehusa.

Cecilia. (*Con desvanecimiento.*) Lo que tengo es
miedo: despues de tres años
de ausencia, reaparecer
en ese mundo que tiene
otros ídolos tal vez,
presentarse menos fuerte...
no.

General. Dejémosla el placer
de rehusar: ella quiere
cantar, y finge: es muger!
Ahora vamos á pensar
qué haremos hasta las seis
de la tarde. (*A Luisa.*) Usted, señora,
es aquí la reina.

Luisa. (*Tratando de aparecer risueña.*) Pues
le nombro á usted, General,
mi primer ministro.

General. Bien.
Acepto, y propongo á ustedes
que nos vayamos á ver
esa abadía, que encierra
mil objetos de interés.

Luisa. Con mucho gusto.

General. Las órdenes
voy á dar...

Enrique. Usted tener
deberá en su biblioteca
la descripcion...

General. (*Demostrándole la puerta primera de la izquierda.*) Sí... va usted
á lo último... á la izquierda...

Enrique. Sí... sí... gracias. (*Al pasar, á Cecilia.*)
Quédate!

Luisa. (*Ap.*) La habló.

Enrique. (*A Luisa.*) Vas á prepararte?

Luisa. (*Ap.*) Quiere alejarnos! (*Alto.*) Sí... bien...
(*A Cecilia.*)
Dejo á usted, señora. Padre,

vamos?

D. Juan. Me pasearé,
en tanto que tú te arreglas,
por el parque.

(*Enrique habrá salido por la primera puerta de la izquierda, Luisa por la segunda, don Juan y el General por el fondo.*)

Cecilia. Si á saber
llegasen esta pasion
vergonzosa que por él
siento!... gran Dios! me desvío
de la senda del deber.

ESCENA IX.

CECILIA, ENRIQUE.

Enrique. Solos! (*Entrando vivamente.*)
Cecilia. Enrique, por qué
me has dicho que me quedase?
Enrique. Oh! tengo necesidad
de hablarte por un instante!
Cecilia. Separémonos al punto.
Enrique. Ah! no quieres escucharme?
Cecilia. Yo tiemblo!
Enrique. Pero qué tienes?
Cecilia. No oistes el penetrante
grito de dolor... de celos...
que dió tu esposa al nombrarme?
No viste cómo soltó
mis manos? Ella lo sabe.
Enrique. No: si ella tuviera dudas,
no estaria tan amable
contigo: vive tranquila.
Cecilia. No puedo, Enrique; y su padre?
no hablando nunca, y girando
con aspecto amenazante
de tí á mí sus torvos ojos...
Aquí hay algo.
Enrique. No me arranques
la dicha con esas dudas.
Cecilia. Oh! serían realidades

si nos viesen aquí juntos.
Aléjate.

Enrique. Bien; pero antes
deseo que me prometas...

Cecilia. No te comprendo!

Enrique. Esperarme
aquí á las diez de esta noche,
sin falta.

Cecilia. Calla! no sabes,
insensato, que á las nueve
teneis que marchar?

Enrique. No obstante;
yo pretestaré un olvido
cualquiera, y me será fácil
volverte á ver.

Cecilia. Tu familia
sospechará!...

Enrique. Qué fatales
temores! no ves que estoy
loco de amor... delirante!...
Por piedad!...

Cecilia. (*Como desvanecida.*) Te espero.

Enrique. (*Besándola apasionadamente la mano.*)
Gracias,
Cecilia.

Luisa. (*En la puerta por donde entró.*)
Dios mio! dame
fuerzas.

ESCENA X.

CECILIA. ENRIQUE. LUISA *en el dintel de la puerta con su sombrero en la mano, como dispuesta á partir.* DON JUAN *en el fondo con aire imponente.*

Enrique. (*Reparando en Luisa.*) Mi esposa!

Cecilia. (*Viendo á don Juan, con terror.*) Don Juan!!

Luisa. (*Ap.*) Besar su mano le vi!

D. Juan. (*Avanzando.*)
Enrique!... (*Conteniéndose al ver á Luisa.*)
Mi hija está allí!

Luisa. (*Observando la inquietud de Enrique y Ce-*

cilia.) Cómo los vende su afan!
(*Adelantándose.*)
Condesa!... esto es doloroso,
y á usted me vengo á quejar.
Cecilia. A mi! (*Con terror.*)
Luisa. Si... he visto besar
su linda mano á mi esposo.
Cecilia. (*Ap.*) Qué vergüenza!
Luisa. Ya adivino
que la causa de ese beso,
condesa, ha sido un esceso...
de gratitud.
Enrique. (*Ap.*) Dios divino!
Luisa. Sí, condesa: he adivinado
que accede usté...
Cecilia. (*Llena de confusion.*) Yo?... no acierto...
Luisa. A cantar en el concierto. (*Con doble intencion.*)
Cecilia. (*Ap.*) Ah!... (*Alto.*) Sí...
Enrique. (*Respirando.*) Nos hemos salvado.
Luisa. Yo estoy un poco celosa
de que haya usted concedido
tan fácilmente al marido,
lo que ha negado á la esposa.
Lo debe usted confesar;
pues sino, qué pensaria
yo de tal galantería,
y aun mi padre!
Cecilia. Sí... á rogar
me empezó con tal calor,
con tal arte y con tal fuego,
que al fin accedí á su ruego.
Luisa. Lo cual le hace mucho honor.
Estos poetas emplean
tanta gracia al suplicar,
que en dejándolos hablar
consiguen cuanto desean.
D. Juan. (*Ap.*) Si tal vez me habré engañado?
Luisa. El programa del concierto
se hará en el camino!...
Enrique. Cierto!
Luisa. (*A don Juan.*)
Padre, el General le ha andado

buscando á usted...

D. Juan. (*Saludando.*) Voy.

(*Vase por el fondo.*)

Luisa. (*A Enrique.*) Tú, esposo,
vete á buscar á Maria,
y vuelve aquí... hoy es un dia
para mi muy venturoso.

ESCENA XI.

LUISA. CECILIA.

Luisa. (*Volviéndose con resolucion á Cecilia, despues de haber visto alejarse á Enrique.*)
Respóndame usted, señora,
la cita, á qué hora es?

Cecilia. Qué modo
de preguntar!

Luisa. Lo sé todo!...
La hora!

Cecilia. Dios mio!

Luisa. La hora!...

Cecilia. Yo ignoro qué cita es esa.

Luisa. Quiere usted que se la esplique?
La de mi esposo... de Enrique...
la de su amante, condesa.

Cecilia. (*Cubriéndose el semblante.*)
Ah!...

Luisa. No vió usted que yo estaba
ahogando aquí mi dolor,
y que fingiendo, el honor
de dos familias salvaba?
No vió usted que, sorprendido
mi esposo, hollando su fé,
por mi padre, era perdido?...
Y en fin, no conoce usté
que por salvarla he mentido?

Cecilia. Pero, señora...

Luisa. Mi esposo
en impuro amor se enciende
por usted, y á mí me vende:
en esta carta su odioso

pensamiento la declara...
es para usted... (*Se la presenta.*)

Cecilia. Para mí?...
Yo no la conozco...

Luisa. Sí...
la palidez de esa cara...
la profunda turbacion
que usted siente en este instante,
diciendo están que es su amante
mi esposo.

Cecilia. Esa no es razon;
y aun suponiendo que fuera
su carta á mi dirigida,
qué prueba?

Luisa. Está usted cogida
en otra red mas certera.

Cecilia. Mi honor tolerar no debe...

Luisa. Usted del honor se aparta!...
(*Sacando la carta que la entregó Carlos.*)
Contemple usted esta carta,
y finja usted si aun se atreve.
Ella su desliz confirma
y mi ventura destierra...
la conoce usted? (*Se la presenta.*)

Cecilia. (*Ap.*) Me aterra!
(*Mirándola.*)
Gran Dios! Qué miro! mi firma!...

Luisa. Y ahora, tendrá usted valor
de negarlo?

Cecilia. Estoy perdida!
(*Arrodillándose ante Luisa.*)
Disponga usted de mi vida,
pero salve usted mi honor.

Luisa. (*Levantándola.*)
Sí... Sofocaré, señora,
de mis celos la violencia,
y á costa de mi existencia
le salvaré!

Cecilia. Gracias.

Luisa. Ahora
de su discrecion espero
que mi esposo no sabrá

nada... oye usted?

Cecilia. Bien está.

Luisa. Llegan... silencio!

Cecilia. (*Ap.*) Yo muero.

Luisa. Que nadie trasluzca nada
de nuestro dolor...

Cecilia. Dios mio!

Luisa. Yo le devoro y sonrío,
siendo la mas desgraciada.

ESCENA XII.

DICHAS. EL GENERAL *y* DON JUAN *por el fondo.* ENRIQUE *trayendo de la mano á su hija* MARÍA.

General. Cuando ustedes gusten.

Luisa. Antes
de salir, estoy ansiosa
de suplicar una cosa.
Ustedes son tan galantes,
que no me la negarán
en cuanto yo se la pida.

General. Por mi parte, concedida.

Luisa. Pues se reduce mi afan,
señores, á lo siguiente:
que ustedes vayan á honrar
tambien nuestro pobre hogar
un dia.

General. Por mi, corriente.
Diga usted el dia...

Luisa. El dia?
Yo soy en todo española.
Mañana.

General. Ruede la bola.

Luisa. Y usted, noble amiga mia,
querrá dignarse tambien
llevar sus gracias allí?

Cecilia. Yo!...

Luisa. (*Ap.*) Responda usted que sí.

Cecilia. Es muy pronto, pero bien:
lo dice usted, y es bastante.

General. (*A Enrique y á don Juan.*)
Qué dos! valen un tesoro.

Cecilia. (*A Luisa.*)
Qué hace usté?

Luisa. (*A Cecilia.*) Obrar con decoro,
y librarla de su amante.
(*Alto á Enrique.*)
Mi esposo tambien lo aprueba?

Enrique. Tu duda me maravilla:
ya lo creo! (*Ap.*) Pobrecilla!
Ella misma me la lleva.

Luisa. Pues entonces, ya que estamos
conformes, á la abadía,
y que reine la alegría
y el buen humor.

Enrique. (*Ofreciendo el brazo á Cecilia.*)
Vamos...

Luisa. (*Apoyándose en él, con sorpresa de Enrique,*
dice á Cecilia con triunfante ironía.) Vámos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Decoracion de parque. A la izquierda se ve el pabellon del primer acto por su fachada opuesta, la cual tiene otra puerta de entrada con su correspondiente escalera. En frente y en segundo término se divisa una capilla medio oculta entre los árboles. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

AGUSTINA *y* CARLOS *bajando del pabellon.*

Carlos. Creo que ya no nos queda
nada por hacer?
Agustina. Si tal.
El señorito nos dijo
que teniamos que aguardar
aquí sus últimas órdenes.
Carlos. No me acordaba... es verdad.
Sabes que hoy ha sido un dia
para nosotros fatal?
Tantas idas y venidas,
tanto subir y bajar
escaleras, como si uno
fuera ni menos ni mas
que una máquina de hierro...
qué dia tan infernal!
molido estoy!
Agustina. Para tí
no hay en este mundo un mal
tan grande como el trabajo.

Carlos. No lo puedo remediar;
es el único defecto
que tengo: mi abuelo Blas
era lo mismo: pasaba
por el primer holgazan
de sus tiempos: si es mi padre,
nunca tuvo mas afan
que tumbarse á la bartola.
Era un sugeto cabal.
Agustina. No hay duda!
Carlos. (*Abriendo los brazos y la boca.*)
Así es que ahora siento
un sueño...
Agustina. Pues no tendrás
mas remedio que aguantarle.
Carlos. Sabes si van á tardar
mucho en venir nuestros amos?
Agustina. Lo ignoro, porque ahora estan
los dos recorriendo el parque
con el señor General.
Carlos. Y la señorita?
Agustina. Há tiempo
que fatigada de andar,
ha subido con su amiga
la condesa de Bazan
á la habitacion en que esta
debe dormir. Ves brillar
aquella luz?
(*Señalando á una ventana del edificio.*)
Carlos. Sí, la veo.
Agustina. Pues allí es.
Carlos. Con qué amistad
la trata... con qué atencion...
Agustina. Como se debe tratar
á quien es huésped, y es noble
por añadidura.
Carlos. Ya!
Mas con todo, por aquí
no cuela.
Agustina. Ya empezarás
con tus cosas...
Carlos. Óyeme:

esta mañana al cruzar
cerca de la habitacion
donde la condesa está,
oí un murmullo de voces
reconcentradas y asaz
violentas; al instante
sentí una curiosidad
tan grande, que dudo yo
si se quedaria atrás
de la que debió sentir
Eva cuando perdió á Adan.
Acércome de puntillas,
y oigo una voz por demas
conocida, que decia
con imperio: «Usted lo hará,
si no, presento esta carta
á su tio el General.»
Qué hago entonces? guiño un ojo,
y llevo el otro á tapar
el de la llave; y qué veo!
á la señorita mas
imperiosa que una reina;
y en frente de ella, con faz
angustiosa, á la condesa
que no la osaba mirar.
La señorita en silencio
guardando el papel fatal,
sacó entonces una llave,
y con el mismo ademan
de imperio, la dijo así
á la condesa: «A guardar
va usté esta llave; con ella,
la oculta puerta que da
al parque podrá usté abrir,
sin que nadie á sospechar
llegue nada.» La condesa
tomó la llave, y brotar
vi de sus ojos dos lágrimas:
entonces, sentí detrás
de mí pisadas, y al punto
me escurrí sin aclarar
aquel misterio. Lo estraño

es, que el que lleno de afan
se puso á ocupar mi puesto
era...

Agustina. Quién era?

Carlos. Don Juan.

Agustina. Su padre!

Carlos. El mismo!

Agustina. Y se puso
con intencion de escuchar?

Carlos. Pegado como una oblea
á la puerta... un Satanás
parecia: qué semblante!
Daba horror!

Agustina. Me haces temblar!

Carlos. Creo que va á suceder
alguna calamidad.

Agustina. Dios mio!

Carlos. Silencio!... Él viene!
mira qué aire tan glacial.

ESCENA II.

DICHOS. DON JUAN, *meditabundo, por la izquierda.*

D. Juan. Qué haceis vosotros aquí
á estas horas?

Carlos. Esperar
á ver si se ocurre algo
para...

D. Juan. Nada se ocurre ya.
Marchaos.

Agustina. El señorito
nos ha mandado aguardar
sus órdenes...

D. Juan. Os he dicho
que os marcheis á acostar.

Agustina. Bien, señor; muy buenas noches.

D. Juan. Gracias.

Carlos. (*A Agustina al retirarse por la izquierda.*)
Qué amabilidad!

D. Juan. No sé qué presentimiento
hace al corazon latir

con tan triste movimiento...
ah! necesito aislamiento
para calmar mi sufrir.

ESCENA III.

DICHO. EL GENERAL *y* ENRIQUE *vendrán por la derecha.*

General. Es un parque delicioso!
Qué estension tan dilatada
tiene, y cuánto le hermosea
la variedad de sus plantas.
Qué grata impresion produce
aquella rica cascada,
que dando riego á las flores,
presta rumor á las auras.
Vamos, he pasado un dia
encantador.

Enrique. Usted trata,
General, de lisonjearnos.

General. Con la franqueza del alma
le estoy hablando. Don Juan!
qué nos dice usted?

D. Juan. Yo?... nada,
General.

General. He reparado
que usted es hombre que no habla
apenas.

D. Juan. Lo necesario
nada mas.

General. Pone usté en práctica
aquel refran de que no entran
moscas en boca cerrada.
Pero mi bella sobrina
y su hija de usted, dónde andan,
que no se las ve?

D. Juan. Han subido
las dos juntas á la estancia
de la condesa.

General. Comprendo:
eso es que estarán cansadas,
y querrán tranquilamente

conversar. Cuánto se aman!
Saben ustedes que estoy
encantado de mirarlas?
Es la virtud la que asi
sus corazones hermana.
Mi sobrino el coronel
tiene en Cecilia una alhaja:
él lo conoce, y por eso
en Inglaterra y en Francia
pasa muy tranquilamente
el tiempo. (*A Enrique.*) Si usted la trata,
ya verá usted qué virtud
tan sólida.

D. Juan. Eso resalta
en ella á primera vista.

General. Oiga usted: yo antes dudaba,
como todo militar
de mundo, de la constancia
de las mugeres. Creia
que era una fruta vedada
para ellas la consecuencia.
Esta idea me obligaba
á mirar el matrimonio
con terror; pero ahora es tanta
la fé que ella me ha inspirado,
que si á los dias tornara
de mi ardiente juventud,
al instante me casaba.
Es el estado mejor
que se conoce.

Enrique. (*Ap.*) Qué larga!...
qué eterna se me está haciendo
la noche! (*Luisa aparece por la izquierda.*)

General. Por aqui avanza
su esposa de usté. (*A Luisa.*) Y Cecilia?

Luisa. General, durmiendo.

General. Calla!
tanto era su sueño?

Luisa. Mucho.

Enrique. (*Ap.*) Se habrá fingido cansada!

ESCENA IV.

DICHOS. LUISA.

General. Pero...
Luisa. Estaba tan rendida!
Enrique. (*Ap.*) Siguió mi consejo.
Luisa. Apenas
podia moverse.
General. Lo cual
no es estraño: es tan inquieta!
Luisa. Yo al ver que necesitaba
reposo, con la franqueza
que ya reina entre las dos,
la supliqué que me hiciera
el favor de irse á dormir...
General. Y ella lo aceptó?
Luisa. Es tan buena,
tan amable, que no supo
oponerme resistencia.
General. Oh!
Luisa. Yo misma la he servido...
General. Con tan linda camarera,
no dudo yo que tendrá
un sueño feliz.
Luisa. Risueña
se dejaba dirigir
como un niño.
General. Es una perla!
Mi sobrino el coronel
encontró un tesoro en ella.
Luisa. Aun no se habian pasado
tres minutos, cuando lenta,
igual su respiracion,
me la presento tan bella
como el ángel de los sueños.
General. Si lo creo: su conciencia
la abona: yo doy las gracias
á ustedes por la completa
hospitalidad...
Luisa. Es honra
para nosotros!

General. Qué llena
tiene usted, señora, el alma
de hidalguía y de nobleza.
Luisa. Eso es favor, General.
General. Ah! no: es justicia. El que tenga
una esposa como usted
y no la adore, no alberga
buen corazon.
Luisa. Oye, Enrique.
Enrique. Si... (*Ap.*) Qué inquietud!
General. Qué pureza
de corazon! A qué pecho
no entusiasma aquella idea
de retener mis lebreles
para amparar la indigencia!
Hoy... esta misma mañana
al pasar yo por la aldea
para venir á esta quinta,
las ventanas y las puertas
atestadas de aldeanos
estaban... Con qué sinceras
palabras de gratitud
saludaban mi presencia!
Ahí va nuestro bienhechor,
decian, el que nos deja
llanos los malos caminos;
el que socorre las penas
del pobre dándole pan...
Ah! yo habia visto en la guerra
el semblante de la muerte
con valor... con entereza...
Pero, sin saber por qué,
la sencillez de esta escena
me inundaba el corazon
de una dicha tan modesta,
tan pura, que se asomaron
á mis ojos las primeras
lágrimas de esa ventura
desconocida en la tierra.
Yo era feliz... ah! señora!
Y no es porque yo creyera
merecer la ovacion santa

de aquella gente; porque esa
celestial satisfaccion
solo gozarla debiera,
quien como usted la inspiró
con sus virtudes excelsas.

D. Juan. (*Tendiéndole la mano.*)
General! reciba usted
las mas ardientes protestas
de amistad.

General. (*A Enrique.*) Con cuánto orgullo
debe usté amarla!

Luisa. Me aprecia.
No es verdad, Enrique?

Enrique. Sí.
Te amo, y te admiro. (*Ap.*) Se acerca
la hora, y empiezo á sentir
la fiebre de la impaciencia.

Luisa. (*Ap.*) Está agitado.

Enrique. (*Ap.*) Dios mio!
qué pesadez!

General. Yo quisiera,
con el permiso de ustedes,
irme á descansar... las piernas
se resisten... á los hombres
que pasamos de cincuenta,
en haciendo un escesillo
se nos agotan las fuerzas.

Enrique. (*Con viva solicitud.*)
Tendriamos un disgusto,
General, si usted quisiera
por nosotros imponerse
la penosa violencia
de resistir...

General. Nada de eso;
trato á ustedes con entera
confianza: en prueba de ello
voy á aprovechar la oferta...

Enrique. (*A don Juan como indicándole que acompañe al General.*) Padre!...

D. Juan. Sí... tambien me voy.

General. (*Apoyándose en su brazo.*)
Me alegro.

D. Juan. (*Mirando á Enrique.*) La gente vieja
está demas, y es preciso...
General. (*A Enrique y Luisa.*)
Buenas noches!
Enrique. Que usted duerma
felizmente.
General. Dormiré
como quien no tiene penas.
(*Vanse por detrás del pabellon.*)
Enrique. (*A Luisa.*) Pues señor, puesto que todos
se retiran, será fuerza
que nosotros procuremos
tambien... (*Como retirándose.*)
Luisa. (*Ap.*) Le estorbo!
Enrique. (*Al ver á Luisa inmóvil.*) Te quedas?

ESCENA V.

LUISA. ENRIQUE.

Luisa. Sí: me gusta respirar
de la noche el fresco ambiente.
(*Se sienta en un banco. En este instante aparecerá la luna iluminando la escena.*)
Enrique. (*Ap.*) Se sienta!
Luisa. Y tranquilamente
de su silencio gozar.
Cuánto placer siente el alma
en este amante aislamiento!
Qué puro recogimiento
se disfruta aquí, qué calma!
qué corazon se resiste
á sentir la poesía
de esa magestad sombría
con que la noche se viste!
Ver la luna, astro de amor,
platear del monte la cumbre,
vertiendo su tibia lumbre
sobre la rama y la flor!
Enrique. Sí... no hay duda... eso es divino;
nadie habrá que lo reproche;
pero el aire de la noche

suele ser siempre dañino.
Luisa. Dañino!
Enrique. Sí... no te espante:
esa aura apacible y fria,
que la luz no apagaria
de un fósforo, es lo bastante,
segun el daño que encierra,
y en la esperiencia me fundo,
para echar al otro mundo
á un hombre.
Luisa. A mí no me aterra.
Imprime tanta quietud
al alma esta soledad!
Enrique. Pero, y si una enfermedad
te arrebata la salud!
Esa salud tan preciosa
para mí... qué horrible idea!
Mira... vámonos, no sea
que enfermes.
Luisa. Soy tan dichosa
en este instante!
Enrique. (*Ap.*) Qué empeño!
si da la hora y la otra viene
y la halla aquí...
Luisa. (*Ap.*) Le conviene
alejarme!
Enrique. Tengo un sueño!
(*Tratando de aparentarlo.*)
Luisa. Hablando se quita.
Enrique. Apenas
puedo sostenerme en pié. (*Estornuda.*)
Luisa. Jesus!
Enrique. Ya me constipé.
Luisa. Lo siento.
Enrique. (*Con mal humor.*) Si me encadenas
á tu lado, el aura impía
que tanto te encanta á tí,
será probable que á mí
me valga una pulmonía.
Y entonces, broma completa.
Luisa. Qué humor tienes tan sombrío,
y qué inquietud!

Enrique. Tengo frio.
Luisa. Ah! Toma mi manteleta. (*Se la quita.*)
Enrique. Salida de rigodon!
Luisa. Póntela. (*Se la echa sobre los hombros.*)
Enrique. (*Ap.*) Su afan me atolla.
(*Alto.*) Esta tela de cebolla
no abriga.
Luisa. Tiene algodon!
Enrique. (*Con la manteleta sobre los hombros.*)
Pero y tú?
Luisa. (*Haciendo lo que indica el diálogo.*)
Qué pensamiento!
Tomo una punta; lo ves?
Y así estamos juntos.
Enrique. Pues!
Pablo y Virginia.
Luisa. Yo siento
de Virginia la constancia;
su ternura en el amar...
Enrique. Yo tambien podré imitar
á Pablo. Si la distancia
nos separa, y en los piélagos
te hundes del mar, mi valor...
Sabes que hablando de amor
parecemos dos murciélagos!
(*Abandonando á Luisa toda la manteleta y paseándose.*)
Tu empeño tenaz me asedia;
esto es carecer de juicio...
quieres que haga yo el oficio
de un amante de comedia?
Quieres que te esté arrullando
toda la noche de Dios,
mientras del descanso en pós
los demas estan roncando?
Luisa. Válgame Dios! qué tropel
de espresiones me has lanzado
tan duras! Si habrá empezado
aquí la luna de hiel?
Enrique. Tú la provocas: tu empeño...
Luisa. Cierto... es muy descabellado:
perdona si te he robado
estos instantes de sueño.

Enrique. No es para tanto el asunto;
tú has tenido ese capricho,
y yo por tu bien te he dicho
cosas...

Luisa. Basta: demos punto.
Qué hora es?

Enrique. (*Sacando el reloj.*) Las diez van á dar.
(*Ap.*) Y á las diez vendrá Cecilia.

Luisa. (*Alto.*) A Dios.

Enrique. (*Ap.*) Su ausencia me auxilia!
(*Alto.*) Conque te vas á acostar?

Luisa. Lo pides con tal dulzura,
con tal gracia y tal encanto,
que al fin accedo. (*Ap.*) Dios Santo!
piedad de mi desventura!

Enrique. Que no vayas ofendida;
yo pretendo que te acuestes
por tu bien.

Luisa. No te molestes;
estoy ya bien convencida.

Enrique. Ya sabes tú cuánto te ama
tu esposo. (*Tomándola una mano.*)

Luisa. Si!... eso es aparte.
A Dios.

Enrique. Voy á acompañarte!
(*Ap.*) Así la dejo en la cama.
(*Suben al pabellon.*)

ESCENA VI.

DON JUAN *aparece por la izquierda sumido en una reflexion profunda.*

Me es imposible dormir
con este desasosiego;
la oracion únicamente
podrá calmar mi desvelo.
Ah! no ha logrado engañarme
Luisa, tomando un aspecto
feliz... yo he visto detrás
de su ficcion el horrendo
pesar que su alma desgarra.

Sí... yo he visto que los celos
laceran su corazon.
Pobre mártir!... mas yo velo
por su quietud... hija mia,
duerme con tranquilo sueño,
sin que manchen tu alma pura
tan tristes presentimientos...
duerme, que aun vive tu padre
para guardar tu honra.
(*Se entra en la capilla.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE, *descendiendo vivamente del pabellon.*

Cielos!
Qué trabajo me ha costado
tan inmenso el reducir
á Luisa... pero ya estoy
libre... ya respiro en fin!
(*Se oyen dar las diez en un reloj de campana.*)
Las diez! Qué á tiempo! Esperemos!...
ella vendrá... vendrá... si:
me lo prometió, y Cecilia
es incapaz de mentir.
Todo está bien preparado:
ella instruida por mí,
apenas oiga las diez
saldrá por el camarin
que da al parque. Voy á verla,
á abrazarla... á ser feliz.
(*Andando y parándose.*)
Qué impaciencia!... es necesario
amar con el frenesí
que yo amo, para saber
lo que nos hace sufrir
la incertidumbre... el deseo...
Gran Dios! he creido oir
un gemido que salia
de esa capilla... pueril
aprension! nunca los santos
se quejan... será el mujir

del viento entre los cipreses.
Siento á mi pesar, aquí
en el corazon un frio...
la naturaleza ruin
del hombre!... ó el grito santo
de la conciencia... sí... sí...
lucha atroz... mas ya no es tiempo
de retroceder... sentir
he creido un rumor leve
de pisadas... por allí...
(*Cecilia aparece por la izquierda.*)
Es ella, la reconozco
en su figura gentil!

ESCENA VIII.

CECILIA. ENRIQUE.

Enrique. (*Tomándola de la mano, y atrayéndola há-*
cia sí.) Ven, Cecilia, y déjame
un instante contemplar
tu bello rostro... Dios mio!
qué palidez tan mortal!
Cecilia, te ha sucedido
alguna desgracia?
Cecilia. Ah!
Un recuerdo solamente.
Con qué sombrío ademan
me miraba!...
Enrique. Quién?
Cecilia. Mi esposo!
Mi esposo! al que en el altar
juré una fé, que quebranto
viniendo á verte.
Enrique. Jamás
te he visto así!
Cecilia. Desdichada!
Enrique. Cecilia! Qué frialdad!
Yo no acierto á comprender...
Cecilia. Tengo miedo!
Enrique. Ve que estás
á mi lado... que te adoro,

como no adoró jamás
amante!

Cecilia. (*Indicando la capilla.*) Qué monumento,
Enrique, es ese que está
entre esos árboles?

Enrique. Es
la capilla...

Cecilia. (*Ap.*) Horrible afan!

Enrique. (*Queriendo alejarla.*)
Alejémonos de aquí.

Cecilia. No! Permanezcamos.

Enrique. Ah!
Vienes á hablarme de amor
de un modo siniestro!

Celilia. Estar
debemos en este sitio.

Enrique. Tu terror á mi pesar
me hiela! Qué pensamientos
por tu alma cruzando estan?

Cecilia. Enrique... prepárate...
pesa una desgracia mas
sobre nosotros... no ves
cuál se agitan sin cesar
los árboles... alguien viene.
(*Indicando la capilla.*)

Enrique. Oh! Cecilia! por piedad,
cálmate.

(*Luisa aparece en la puerta del pabellon vestida de blanco.*)

Cecilia. Silencio!... escucha...

Enrique. Te hace el terror delirar.
Todos duermen en la quinta;
nadie sospecha que estás
á mi lado... este aislamiento
debe hacerte recobrar
la calma, Cecilia mia;
aquí hay sombra... soledad;
aquí las auras errantes
grata música nos dan;
aquí hay un hombre que adora
tu belleza celestial...
qué falta, Cecilia mia,

á nuestra felicidad?

(*Luisa habrá aparecido en la puerta de su pabellon vestida de blanco, y se habrá adelantado sin ser vista hasta colocarse cerca de ellos.*)

ESCENA IX.

LUISA. ENRIQUE. CECILIA.

Luisa. Falta la esposa!
Enrique. (*Volviéndose con terror.*) Tú aquí!
Luisa!
Cecilia. (*Trémula.*) Señora! He venido!
Enrique. Cómo?
Luisa. Lo habia prometido!
Enrique. Prometido!... á quién?
Luisa. A mi.
Enrique. Ah! lo que era tan confuso
para mi, lo entiendo ahora.
Cecilia. (*A Enrique.*) No me acuse usted!
Enrique. (*Que se habrá colocado en media de las dos.*)
Señora!
no es á usted á quien yo acuso!
(*A Luisa.*)
Conque eres tú la que osada
esta entrevista ha dispuesto,
y en ridículo me ha puesto
trayéndome á esta emboscada?
Y aun provocas mi despecho,
y á este sitio osas llegar?
Qué pretendes?
Luisa. Reclamar
solamente mi derecho.
Enrique. Aun cuando hubiera faltado
á ese afecto de otros dias,
á mi solo deberias
de habérmele reclamado.
En ridícula ocasion
le vienes á defender.
Luisa. Ah!... Qué es lo que esta muger
ha hecho con tu corazon?
Cecilia. Piedad, señora, piedad...

:

trémula en este momento
estoy de arrepentimiento.

Enrique. (*A Cecilia.*) No hunda usted su dignidad.
Ay de aquel que la rebaje
mientras que yo esté á su lado!

Luisa. Y serias tan osado?...

Enrique. Vuelvo ultraje por ultraje.

Luisa. (*Señalando la capilla.*)
Mi madre nos unió allí...
cuidado, Enrique, no sienta
tu perjurio.

Enrique. Justa afrenta
fuera entonces para tí.

Luisa. Para mí?

Enrique. Sí... porque llena
de celos has profanado
este lugar, que es sagrado,
con tan ridícula escena!

Luisa. Y tú me acusas, Enrique!
y tu insensata pasion,
ciega tanto tu razon
que haces que me justifique?
Adónde ese amor te lleva?...
Cuándo has visto, hombre obcecado,
que se haya justificado
la esposa ante la manceba?

Cecilia. Señora!...

Luisa. Ya que esta vez
va de justificaciones,
que ella escuche mis razones,
que ella sea nuestro juez.

Cecilia. Yo!

Luisa. Y habrá en sus sentimientos
mas justicia para mí,
que en los del hombre á quien dí
mi vida y mis pensamientos.
(*Pausa.*)
(*A Cecilia.*) Diga usted, señora, ayer
cuando esta carta tenia, (*Se la presenta.*)
y el engaño descubria
de la esposa y la muger,
del General en presencia

no pude haberla humillado,
á la par que envenenado
para siempre su existencia?

Cecilia. Oh! sí...

Luisa. Ayer... cuando celosa
delante mi familia,
descubrí que esa Cecilia,
para mi alma tan odiosa,
era usted, sin que notase
el General mi afliccion,
no ahogué yo mi corazon
á riesgo de que estallase?

Cecilia. Oh! sí.

Luisa. Ayer, cuando los dos
por mi padre sorprendidos,
para siempre á ser perdidos
iban, quién los salvó?

Cecilia. Oh Dios!

Luisa. (*A Enrique.*)
Y aun te atreves con desvio
á decir que he preparado
tu afrenta!... Te has engañado!
Pues qué!... tú honor no es el mio?
Que le defienda te estrañas
á costa de mi existencia,
cuando tu honor es la herencia
de la hija de mis entrañas?
(*Movimiento de gratitud de Enrique.*)
Yo soy la que á esta señora
á este lugar ha traido!
Y... sabes tú por qué ha sido?

Cecilia. (*Ap.*) Qué pena desgarradora
es la que yo esperimento?

Luisa. Nada de odio ni venganza,
me dije, ni de asechanza
ruin, ni de resentimiento.
Yo reuniré á los dos;
y cuando esten reunidos,
sofocaré mis gemidos;
y allí... sin celos... en pós
de una esperanza querida,
les diré: yo era dichosa

con su amor... yo soy su esposa...
él es mi aliento... es mi vida...
si él me falta... mi reposo...
mi dicha voy á perder...
cómo vive una muger
sin el amor de su esposo!

Enrique. Luisa!

Luisa. Y si es su corazon
bueno, y noble, me decia,
si conservan todavía
un resto de compasion;
cuando mi alma desgarrada
les muestre yo por la pena,
y les diga que estoy llena
de dolor... desamparada;
que me den la paz que espero...
que así su desliz reparan...
que si ellos no se separan,
yo desventurada muero;
cuando contemplen mi afan
y vean mis sufrimientos,
si aun conservan sentimientos
la dicha me volverán.

Enrique. Luisa!... Luisa!...

Luisa. Hé aquí
por qué hice yo á esta señora
venir á este sitio. Ahora,
mi madre que te unió á mí;
mi madre... que es de los dos!
verá desde el firmamento
que has faltado al juramento
que la hiciste! á Dios... á Dios!...

Cecilia. (*Deteniéndola.*)
No!... no!... (*Volviéndose á Enrique.*)
Vergüenza y pesar
para quien rompe su fé.

(*A Luisa.*) Ah! señora! No es usté
la que se debe marchar.
Yo no habia comprendido
un alma tan grande... no:
mil vidas daria yo
por no haberla á usté ofendido.

Qué imperio!... Qué elevacion
es la de usted? Yo humillada
me vi, y estoy penetrada
de santa veneracion.
Llanto de sinceridad
arranca usté al alma mia!

Luisa. Llora usted? Ah! bien sabia
yo que hallaria piedad!...

Cecilia. Piedad! Yo soy quien la implora.
No me conserve usté encono!

Luisa. Yo compadezco, y perdono.

Cecilia. (*Cogiéndola la mano, y cubriéndosela de besos.*)
Cuánta virtud atesora!
Y usted osó compararme
con ella!... en rubor me enciendo!
señora, á Dios... (*A Enrique.*)
No comprendo
cómo ha podido usté amarme!

ESCENA X.

LUISA. ENRIQUE.

Enrique. Luisa!... á tus pies... no merezco
estar de otro modo yo...

Luisa. Levántate, Enrique.

Enrique. No:
me desprecio... me aborrezco.
Yo no me levantaré,
noble... resignada... y bella...
ah! de tus plantas la huella
con mi llanto regaré.
Ya con bastardas pasiones
no nublaré tu semblante...
perdon!...

Luisa. (*Con recelo.*) Enrique!

Enrique. Oh! qué instante
de dolor... no hallo espresiones...
Inspirame tú, Dios mio!
una prueba... si... una prueba...
que en ella mi Luisa beba
la fé que la robé impío.

Este afan me hace sentir
convulsiones dolorosas...
(*Llevándose las manos á la cabeza.*)
Tener aquí tantas cosas,
y no poderlas decir!...
Mírame con atencion...
escúchame... mi semblante...
mi voz... no dicen bastante
lo que te ama el corazon?
Y si aun dudas, mírame
los ojos... Dios puso en ellos
la verdad.

Luisa. A sus destellos
siento renacer la fé.

Enrique. (*Como inspirado.*)
Tu madre nos unió allí:
(*Dirigiéndose á la capilla.*)
á su memoria querida,
juro consagrar mi vida
á amar tu virtud.

Luisa. Ah!... sí!

Enrique. Juro no abrigar deseo
que á tí no esté consagrado...

Luisa. Habla!...

Enrique. Y vivir á tu lado
eternamente!...

Luisa. Te creo!
Te creo... la vida empieza...
he olvidado tus deslices...
por primera vez me dices,
yo te amo!...

Enrique. Cuánta grandeza!
Virtud! tu nombre no es vano
fantasma que se desliace,
pues con tu influjo renace
la paz del género humano.
Ah! si como tú lo eres
serlo las demas pudieran;
si su deber comprendieran
cual tú todas las mugeres;
si acallaran su quebranto
de la virtud en el nombre,

cuán dichoso fuera el hombre
en esta mansion del llanto!

Luisa. Enrique! Tu hija Maria,
ángel dormido entre flores,
nos espera.

Enrique. A tus amores
la debo.

Luisa. (*Dulcemente apoyada en el hombro de Enrique, y dispuesta á dejar la escena, dice saludando al mausoleo:*) A Dios, madre mia!

Enrique. Ah! Yo la vuelvo á jurar
antes que de aquí me ausente,
no darte mientras aliente,
mi Luisa, un solo pesar.

ESCENA XI.

DICHOS. DON JUAN.

D. Juan. (*Dentro de la capilla.*)
Enrique!...

Enrique. (*Parándose con Luisa.*)
Oh Dios!... ese acento...

D. Juan. (*Apareciendo á la entrada de la capilla.*)
Enrique!

Enrique. Don Juan!

Luisa. Mi padre!...

D. Juan. Yo, en el nombre de su madre,
recibo tu juramento.

(*Enrique y Luisa, impulsados por un mismo sentimiento, caen de rodillas ante la actitud solemne de don Juan. El telon cae.*)

FIN DEL DRAMA.

*

Ademas de las comedias contenidas en el catálogo, se han publicado las nuevas siguientes, cuyos derechos de propiedad pertenecen tambien para su representacion á los Sres. Delgado Hermanos.

	Orig.	*Trad.*	*Actos.*	*Rs.*
Saul.	0	»	4	8
El ayuda de cámara.	»	t	1	4
Última calaverada.	0	»	1	4
Rico por fuerza.	0	»	1	4
Tras él á Flandes.	0	»	3	6
Alberto.	0	»	1	4
Tran Tran.	»	t	2	4
E. H.	»	t	1	4
No hay humo sin fuego.	»	t	1	4
Don Juan Trapisonda.	0	»	1	4
Una muger literata.	0	»	3	6
Un club revolucionario.	0	»	1	4
Siglo XVIII y siglo XIX.	0	»	1	4
El desban.	0	»	1	4
Jadraque y París.	0	»	4	6
Un puntapié y un retrato.	»	t	1	4
Flavio Recaredo.	0	»	3	8
La verdad vence apariencias.	0	»	3	8
Ellas y nosotros.	0	»	3	6
Un tigre de Bengala.	»	t	1	4
Un par de alhajas.	0	»	1	4
Errores del corazon.	0	»	3	8
Los ardides de un cesante.	0	»	1	4
Odio y amor.	0	»	1	4
Amor y amistad.	0	»	3	6
El corazon de un soldado.	0	»	3	6
Aragon y Castilla.	0	»	3	6
¡¡Vaya un par!!	»	t	1	4
Fé, esperanza y osadia.	0	»	1	4
Una Perla en el fango.	0	»	1	4
Celos de un alma noble.	0	»	3	8

POLIZA N.° 17483